

# HOMENAJE A RAFAEL DEL AGUILA\*

FERNANDO VALLESPÍN

No sé bien qué hubiera deseado Rafa que dijera de él en un acto como éste. De haberle podido preguntar estoy seguro de que no lo hubiera dado importancia y me hubiera dicho que pusiera un *power-point*, sabiendo la afición que en mis tiempos del CIS había tomado yo al instrumento ése. Lo más probable, sin embargo, es que me hubiera recomendado que fuera yo mismo, que sacara de dentro aquello que tanto personal como profesionalmente él había significado para mí. Eso es lo que voy a intentar, aunque la deuda que he contraído con él en estos dos aspectos ha sido tan grande que me temo que en estos pocos minutos sólo podré dar cuenta de la punta del iceberg. Son unos burdos brochazos que ocultan una imagen mucho más matizada y compleja.

Como estamos en un acto académico –o medio académico–, he buscado un formato vagamente sistemático. Para ello he reducido la presentación, si se me permite este término, a tres dimensiones fundamentales que llenaron mi relación con él. Rafa como compañero, Rafa como el Gran Interlocutor, con mayúsculas, y Rafa el amigo.

## EL COMPAÑERO

Cuando entré en el área de Ciencia Política con D. Francisco MURILLO, hace bastante más de 30 años, Rafa ya estaba allí. Lo conocí antes de acabar la carrera en el entorno de otro discípulo de MURILLO, José Luis GARCÍA DE LA SERRANA, quien siempre tuvo una habilidad especial para captar a los alumnos que teníamos algún interés por la teoría política. Antes de conocerlo, José Luis me lo describió como alguien con una “gran cabeza”, aunque muy al principio yo sólo conseguía ver en él a un gran cuerpo, un cuerpo inmenso. Después adelgazaría espectacularmente, pero entonces, en plena estrategia para liberarse de la mili por sobrepeso, su estatura y su volumen a lo Orson WELLES impresionaban. Bastaron un par de conversaciones casi banales para que me diera cuenta de que, en efecto, su cabeza, relativamente pequeña para ese cuerpo tan grande, era especial. José Luis no se equivocaba. Era una gran cabeza y tenía ya una serie de lecturas bien digeridas que lo facultaban para llegar a conclusiones que a otros de nuestra generación nos parecían casi milagrosas. Sólo

---

\* Palabras pronunciadas en el Acto en homenaje al Profesor Rafael del Águila, celebrado en la Facultad de Derecho de la UAM el día 20 de mayo de 2009.

él conseguía poner en apuros a José Luis en brillantez dialéctica, y era el único que no se dejaba llevar y se aferraba a sus propios argumentos y a su propio juicio.

Entonces éramos todos fieles seguidores de la Escuela de Frankfurt y asistíamos con pasión, entre preocupados y divertidos, al proceso de transición política española. Las tertulias con D. Francisco MURILLO eran el escenario en el que nosotros, los aprendices de politólogos, representábamos comentarios sobre las vicisitudes de la política española y asistíamos a magníficas lecciones por parte de nuestro común maestro sobre la historia española y sus muchas tragedias, que ahora, al fin, esperábamos ver superadas.

No recuerdo bien cómo empezamos a congeniar. Desde luego no fue al principio, aunque sí solíamos vernos por Madrid con otros como Ricardo MONTORO o Alberto OLIET, que entonces también entraron en esta Universidad bajo la protección de José Luis. Pronto, cuando Rafa se asentó en el área de Ciencia Política en Derecho desde el Departamento de Sociología en Económicas, de donde provenía, comenzamos a formar, casi sin saberlo, un tándem académico. Fue más suelto e improvisado al principio, pero devino en algo más sólido a medida que fueron pasando los años. Creo que a ello contribuyó el que nos hiciéramos amigos, así como nuestra común sintonía con ciertos temas y la especialización en teoría política. Nos dimos cuenta, además, de que las estrategias de cooperación eran más rentables a la larga que las estrategias de conflicto o competición. Pero esa percepción vino después, entonces tampoco nos importaba demasiado. Disfrutábamos juntos y nos complementábamos bien. Él siempre fue un teórico más serio y riguroso que yo, que era considerablemente más frívolo y disperso. Pero no puede decirse que eso creara una asimetría insalvable. Todo lo contrario. De haber sido demasiado parecidos no me cabe la más mínima duda de que no hubiéramos durado tanto como compañeros inseparables.

Fuimos complementarios también en nuestra misma capacidad para conectar con otros colegas de la Facultad, en quienes encontramos a un gran grupo de amigos, todos ellos ya brillantes juristas a pesar de su edad, y todavía mejores contertulios. ¿Cómo no recordar esas magníficas comidas en el restaurante *Marvi* de Alcobendas, donde arreglábamos el mundo y, sobre todo, nos partíamos de risa? Ir a la Facultad se convirtió poco a poco en un verdadero placer, en una actividad entre lúdica y creativa, que siempre me impidió percibirla como un “trabajo”. De esto último me di cuenta bastante tarde, cuando accedí al CIS, ya con 50 años. Allí fui consciente, con horror, de que estaba *trabajando* por primera vez en mi vida, de lo duros que son los lunes y de la angustia de que a uno se le acaben las vacaciones. Hasta entonces mi supuesto trabajo se confundía con la vida y resultaba que mis amigos eran también mis colegas.

Quizá por eso mismo –y esto sí que es un milagro– lejos de lo que solía ser habitual en nuestro mundo, Rafa y yo éramos inmunes a los celos y a las reticencias y desconfianzas mutuas tan propias de los universitarios. Para mí, poder disfrutar de su excelencia fue siempre un motivo de orgullo, si bien a veces me encantaba pincharle y llevarle la contraria. La exigencia de estar a su altura fue el mejor impulso que he tenido nunca para desarrollar mis

propias capacidades intelectuales. Su juicio sobre mi trabajo daba la medida de mi propia autoestima académica. Todos sabemos, además, que Rafa no era diplomático, decía lo que pensaba. De *impeccable* tenía poco, era más bien *implacable* a la hora emitir su sentencia sobre lo que leía. No siempre conseguí eludir su famosa ira, de la que hablaré después, pero en general se mostró tolerante con mi trabajo, aunque siempre me reprendía por mi manía de dejar todo para el final, de gozar tomando copas de coñac al borde del abismo.

En 1990 ambos accedimos a la cátedra, él en la UAM y yo en Málaga, aunque un par de años después volví a reintegrarme en esta universidad. Desde entonces ya formalizamos nuestra cooperación creando el Centro de Teoría Política, que atrajo en torno a sí a un buen número de compañeros y amigos y que sigue misteriosamente vivo. Aparte de los mejores teóricos políticos españoles, por nuestro seminario pasaron, sin contar con apenas fondos, personajes del fuste de Agnes HELLER, Ferenk FEHER, Tom MCCARTHY, Mark WARREN, Margaret CANOVAN, J. HABERMAS, y un largo etcétera. El CTP fue un foro de discusión difícil de encontrar en aquellos tiempos en los que predominaba el solipsismo académico, un pequeño ágora deliberativo se denominaría ahora. Teniendo en cuenta nuestra casi nula capacidad de gestión, fue un verdadero milagro, aunque seguro que a ello contribuyó la inestimable ayuda de Elena GARCÍA GUITIÁN en la organización de sus actividades. Entonces nos pareció un refugio idóneo para dar rienda suelta a nuestras inquietudes. Rafa y yo le dedicamos mucho tiempo, pero también nos proporcionó grandes satisfacciones y contribuyó a soldar bajo un laxo paraguas institucional lo que desde siempre y hasta su muerte sería una cooperación académica nunca interrumpida.

Paralelamente, al cabo de los años, tanto Rafa como yo nos fuimos ocupando también de nuestros propios intereses particulares. Yo me dispersé poco a poco en mis propios trabajos, en los medios de comunicación y en bolos académicos varios, y él se concentró –hizo bien– en crear su propia obra. Sin embargo, nunca dejamos de cooperar y nos veíamos casi a diario, ya fuera en la Facultad o en Madrid. En Rafa esa concentración se produjo, si no recuerdo mal, a raíz de una estancia anual en Florencia, de la que vino transformado, tanto física como espiritualmente. Fue como si allí se le hubiera aparecido el fantasma de Maquiavelo para reubicarlo sobre un nuevo camino, más reflexivo y ambicioso. El Rafa de bigote y perilla, chaqueta de cuero e impresionante musculatura, que sustituyó al Rafa barbado y más descuidado en su indumentaria, empezaría ahí su cabalgada por renovar la teoría política española.

## EL GRAN INTERLOCUTOR

Es difícil imaginar el impacto de la comunicación cotidiana con Rafa. En eso era algo más que un compañero o amigo. Uno puede discutir sobre la política del día casi con cualquiera, o unos u otros temas teóricos con diferentes expertos o colegas. Lo que hacía especial la interlocución con Rafa era la facilidad con la que, al ir a tomar café, de vuelta

a casa en el coche, en un viaje a un congreso o en cualquier otra circunstancia, podíamos penetrar en los temas más abstrusos como si se tratara de comentarios “normales”. No hacía falta un escenario académico particular para meterse en la discusión más profunda o difícil. Lo teníamos ya tan ensayado y era algo tan habitual, que bastaba que cualquiera de los dos suscitara un tema para que una comida se convirtiera en un seminario, o una cerveza con aperitivo en una fogosa discusión filosófica. De lo más banal pasábamos a lo más hondo; de lo más denso y profundo a lo más liviano. En eso mi relación con él fue más que especial, y me gustaría pensar que ambos nos beneficiamos de ello. Creo que para los dos fue un gran proceso de aprendizaje. Sobre todo porque esta interacción era creativa, amena y muy, muy divertida. Aprender así lo vi como un lujo inmenso, algo que no está al alcance de todos, y nunca me pasó inadvertido el privilegio que supuso.

Rafa y yo fuimos una gran conversación. Una conversación sin pausa ni orden del día que se enhebraba a tantas otras presentes en el discurso de nuestras aficiones comunes. Puede que de ahí viniera nuestro común apego a los griegos y su visión de la política. Esta afición Rafa la conseguiría plasmar después en su libro *Sócrates Furioso*, seguramente el libro con el que más disfrutó en el proceso de escritura. Porque él fue siempre de talante socrático, un socrático con carácter. Compartía con el griego su función de tábano, de pinchar a los demás para obligarles a pensar y a dar de sí lo mejor que podían. Pero, hay que reconocerlo, no tenía la paciencia del viejo sabio ateniense. En muchas ocasiones, cuando la deriva de la argumentación no le gustaba, se inquietaba, fruncía el ceño, se erguía y daba rienda suelta a una cólera digna de Aquiles. Si, al modo homérico, hubiera que cantar la cólera de Rafa, deberíamos empezar por señalar la causa que la provocaba. Ésta no era otra que la estupidez. Odiaba la estupidez y la hipocresía con todas sus fuerzas. Y había algo en él que lo movía a rebelarse frente a ellas. También le incomodaban todas las estrategias por simplificar o embadurnar lo que él consideraba que era el método más adecuado para aproximarse al fenómeno de lo político. Para comprender esto último quizá merezca la pena reproducir el contenido de una conversación que tuvimos un día que atravesábamos el campus.

“¿Te has fijado, decía, que todos los que aquí trabajan e investigan aman sus diferentes objetos de estudio? Los juristas aman el derecho, los biólogos la naturaleza o la vida, los historiadores la historia, los psicólogos la mente humana y así sucesivamente. Nosotros, en cambio, los politólogos, no amamos la política. En cierto sentido nos repele, no hacemos más que ver en ella imperfecciones y defectos... y la tememos”. Le repliqué diciendo que probablemente esto sólo era así para unos cuantos politólogos, los que tratábamos de acceder a ella desde una perspectiva global y yendo a su esencia, no para quienes disfrutaban de análisis más especializados. Me dio la razón a medias y sentenció: “es que la política, cuando uno profundiza en ella, da asco, pero no podemos permitir que este asco nos impida ver su auténtico rostro”.

Pues bien, Rafa hizo de la contemplación de ese rostro el objeto de su actividad académica y casi vital. Quiso verlo sin afeites ni maquillaje alguno, tal como era. Su meta era ir a la *verita effettuale de la cosa*, como diría su amado Maquiavelo. Abordarlo de

frente, no a través de la fácil salida que ofrecían los análisis normativistas o la mayoría de los discursos de los políticos. Por mi afición por RAWLS y la teoría política normativa a menudo me acusaba con sorna de participar del funesto “álgebra moral” al que se había reducido la teoría política hoy en día. O ironizaba sobre mis coqueteos con algún que otro autor de moda. Como digo, a él le gustaba ir a la raíz de las cosas, a los clásicos, a quienes consideraba que todos debíamos estudiar y de los que siempre podríamos aprender. Nunca despreció a nadie, pero tampoco se apartó ni un ápice de lo que él consideraba que era el camino que había que seguir.

*La senda del mal*, su libro más completo y complejo, dio al fin la adecuada medida de su fuste teórico. Es un libro que deberá ser estudiado con calma, porque el potencial que atesora todavía ha de salir a la luz. El eje del mismo, y esto es una simplificación, es la relación entre moral y política. Pero su gran originalidad deriva de la forma en la que va desgranando e interconectando algunos de los conceptos políticos fundamentales. De aplicarle un epíteto homérico, a Rafa habría que llamarle el “señor de los conceptos”. Siempre tuvo la virtud de manejarse con ellos con una facilidad pasmosa. Los diseccionaba con la frialdad de un cirujano, y los contextualizaba y reorganizaba dentro de un orden siempre novedoso.

Una de sus obsesiones, más acentuada al final de su carrera académica, fue la relación entre el pensador y la ciudad, por decirlo en términos de Leo STRAUSS. La responsabilidad de los intelectuales y las muchas formas en las que el pensamiento impactaba sobre la vida social y política. No le dio tiempo a rematarlo, aunque seguramente lo conseguiremos rescatar para que forme parte de su legado. Su preocupación allí era doble y se concentraba en los dos extremos del espectro: por un lado, denunciar la *hybris*, la desmesura de algunas ideas o formas ideológicas, y por otro, sacar a la luz a la vez el peligro derivado de desactivar un pensamiento crítico con capacidad para salvaguardar lo que él acabaría calificando como una “política de medida”. Parte de esa preocupación la consiguió realizar en su último libro, *Crítica de las ideologías*. La tesis central del mismo era seguir la pista a la conexión existente entre ideologías y violencia política, y se concretaba en la idea de que esta última se estimula a través de una compleja red de interconexiones cuyo vértice son los discursos ideológicos. “Sólo los criminales se atreven hoy en día a hacer daño a los demás hombres sin filosofar”, nos dice citando a MUSIL. Si las ideologías tienen poder sobre nosotros es por su inmensa capacidad para ofrecernos *racionalizaciones* de nuestros actos, el único instrumento con capacidad para acallar en nosotros todo atisbo de mala conciencia. Frente a estos ideales salvíficos, Rafa, el juicioso, oponía la ya dicha política de medida, una política que se sabe sin garantías ni fundamentos y no elude las consecuencias trágicas de la acción. Y, remachaba, los principios no son menos firmes porque los sostengamos tentativamente. A la vista de nuestro largo proceso de aprendizaje como sociedades políticas, nunca podremos aunar y superar todas las escisiones. La política, esta es su máxima central, se resistirá siempre a dejarse reconciliar idealmente en el discurso.

Antes de leer los escritos de Rafa ya los había “escuchado”. Puede que de forma más desordenada, y a veces improvisada. Siempre me dio alguna pista de por dónde iba su

extraordinaria capacidad de reflexión. Lo que escribió y lo que me contaba se mezclaba en mí de las formas más diversas. Pero confieso también que me he llevado muchas sorpresas. Algunos giros de su pensamiento los guardaba para la intimidad de la escritura, como si las exigencias de esa disciplina solitaria le condujeran a poner límites a lo que podía ser comunicado oralmente, como si determinadas ideas sólo pudieran abrirse al intelecto a través de la escritura.

Rafa dejó una obra interrumpida, que hubiera sido verdaderamente excepcional de haber dispuesto de más tiempo. Pero su núcleo sí nos es conocido y quedará siempre como un estímulo para seguir pensando a partir de él. Nuestra deuda para con él a este respecto sólo podrá ser satisfecha si tenemos la capacidad de seguir dialogando con sus escritos. Yo, al menos, sé que he perdido al Gran Interlocutor, pero también que me sigue increpando y estimulando a pensar con su extraordinario legado. En ese silencioso diálogo con uno mismo que es como Platón definía al pensamiento sé que no estoy solo.

## **EL AMIGO**

Cuando Rafa enfermó yo ya me encontraba en el CIS. Él sabía que en aquél momento yo no lo estaba pasando del todo bien y no dejaba de animarme y quedaba conmigo para ofrecerme alguna distracción y recuperar las conversaciones de los viejos tiempos. Una vez confirmada la noticia de su enfermedad, lo que más me impresionó fue cómo cuidaba que aquélla no se convirtiera en una fuente añadida a mis problemas de entonces. Procuraba darme las novedades sobre su estado de salud con cuentagotas y siempre con algún ribete en positivo. A algún amigo común le comentó incluso que estaba preocupado por lo afectado que yo estaba por todo ello. Y que me cuidaran. ¡Como si no fuera él quien necesitara de los cuidados y de nuestra compañía!

Es un gesto muy de Rafa el amigo y sirve para retratar el fondo de la gran persona que fue. Fue mejor persona que cabeza, que ya es decir. Y frente a esta dimensión, palidecen las de Rafa el compañero y Rafa el Gran Interlocutor. Con toda la importancia que tuvieran para mí y para mi propio desarrollo intelectual, quedan casi como una mera anécdota. Tenía una gran capacidad de afecto, pero era tímido a la hora de manifestarla. Como sus escritos, su afectividad había que leerla muchas veces entre líneas. Pero todos sus amigos siempre supimos que estaba ahí y que detrás de su aparente seriedad se ocultaba un corazón de oro y una inagotable fuente de comunicación personal directa y desinteresada.

Una de sus características personales más sobresalientes era su capacidad para infundir un profundo sentimiento de protección a quienes merecían su amistad. Puede que ello se debiera a su propio equilibrio interior, a su paciencia para escuchar, a sus sabios consejos, a su personalidad insobornable y de una sola pieza. Rafa siempre me dio seguridad, y contribuyó a anclarme tanto personal como intelectualmente. Conmigo tuvo una pacien-

cia infinita, y cuando lo metía en algún lío o le salpicaba alguna barrabasada mía siempre interpretaba estos actos más como parte de la inexorabilidad de mi personalidad dispersa que como producto de la mala fe. En esto cumplía con el dicho de que un amigo es alguien que lo sabe todo sobre ti y aun así te aprecia.

Rafa, hay que decirlo, tenía un excepcional sentido del humor, sabía ser enormemente divertido. Podría narrar un interminable repertorio de anécdotas en las que se mostraba su capacidad para el humor y la ironía. No en vano, además del contacto cotidiano en la Facultad, hicimos multitud de viajes juntos, más de media docena sólo al otro lado del Atlántico. Descubrir con él países extraños y observar su peculiar mezcla de seriedad y diversión ante lo extraño y novedoso siempre fue para mí un motivo de alegría. Nunca se acostumbró, sin embargo, a que la noche antes de una ponencia abandonara una cena para acabar de prepararla o la rematara en el avión en vez de hacer risas sobre cualquier otro tema. Él siempre llevaba los deberes hechos, yo los acababa improvisando.

Cuando le llegó la enfermedad dio muestras de su espectacular entereza, de un estoicismo romano adquirido seguramente a través de tanto filosofar. Esa personalidad de una sola pieza no se dejó desparramar o intimidar por ella. Supo sobrellevarla sin que le desviara ni un centímetro de su camino vital. Siguió trabajando sin inmutarse, casi con más ahínco y sin duda con mayor lucidez. Ni siquiera perdió sus rachas de humor, que derrochaba a raudales cuando esporádicamente lo traía a la Facultad después de mi reincorporación desde el CIS. Fue también un Rafa quizá más cariñoso y cercano. En ese período, que coincidió casi en su totalidad con mi estancia fuera de la UAM, fuimos quizá menos compañeros, pero mucho mejores amigos.

Reconozco que no sabría definir bien qué es la amistad. Seguramente se construye a partir de una multiplicidad de experiencias comunes que acaban soldando un vínculo de afectos. Lo que sí he llegado a comprender, por desgracia, es lo que significa perderla, la sensación de orfandad y de vacío que se abre cuando se pierde a un gran amigo del alma como Rafa. Sobra decir que, como tantos de vosotros, le echo mucho de menos, todos los días. Su falta como compañero e interlocutor, pero sobre todo como ese gran amigo que fue y que, al permanecer tan vivo en el recuerdo, siempre lo seguirá siendo.

Muchas gracias.